

puede apreciar en el esfuerzo por sobresalir en las ceremonias o embellecer los edificios que las albergaban.

En este contexto, el poder del rey tuvo una legitimación religiosa y era percibido como el protector de la fe católica. Clara demostración de la contribución del cristianismo a la unidad política en los dominios de la Corona hispánica, lejos de las guerras religiosas ocurridas en otras latitudes. Por otra parte, el papel del monarca durante el siglo XVIII estuvo dirigido a establecer normas de policía dirigidas a que las corporaciones contribuyesen con mayor eficacia a la consecución del bien común.

«La monarquía corporativa en la época de las reformas (1765-1808)» constituye la segunda parte de la obra en la que se aprecia un esfuerzo por interpretar los objetivos y resultados de la política borbónica premunido de un peligroso lugar común de cierta producción historiográfica: el fortalecimiento de las regalías del poder que supuso las medidas adoptadas por la Corona a finales del siglo XVIII supusieron el control total y la paulatina supresión de las corporaciones. Por el contrario, según Annick Lempérière, algunas corporaciones fueron capaces de resistirse –aunque momentáneamente– a la observancia de las disposiciones reales y las actividades de las corporaciones fueron enderezadas según

los intereses monárquicos, lo que posibilitó el encubramiento de las agrupaciones de comerciantes y mineros.

El crédito otorgado a la Corona reforzaba el vínculo con las élites y las corporaciones que integraban, especialmente el Consulado de Mercaderes de Nueva España. De esta manera, este gremio mercantil consolidó la sólida red de lazos que había tejido gracias a sus actividades económicas y alianzas familiares. Un punto de inflexión en las relaciones entre Corona y corporaciones se produjo con la consolidación de vales reales y la ulterior pérdida de la confianza en la que se asentaba el crédito. Sin embargo, el trastorno institucional definitivo de la monarquía se produjo con la abdicación de Carlos IV, hecho percibido como la quiebra de la constitución política y desencadenante del retorno de la soberanía a las comunidades políticas integrantes de la monarquía.

La capacidad de síntesis, el agudo análisis de las variadas fuentes consultadas y la claridad expositiva de la autora hacen de la lectura de esta reconstrucción histórica sobre el importante papel desempeñado por las corporaciones en la configuración de la sociedad novohispana un ejercicio agradable y fructífero.

Carlos H. SÁNCHEZ RAYGADA
Universidad de Piura

Miranda LIDA

Historia del catolicismo en Argentina: entre el siglo XIX y el XX

Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires 2015, 272 pp.

La doctora Miranda Lida, profesora de la Universidad Católica de Buenos Aires, presenta en este ensayo una breve historia del catolicismo argentino desde la perspectiva de la historia social y la historia de las ideas.

Su punto de partida es el deseo de «sacar la historia del catolicismo de la endogamia historiográfica» (p. 13), o lo que es lo mismo, presentar al catolicismo como algo permeable a los movimientos económicos,

sociales y culturales de cada época. De esta manera, no reduce la historia del catolicismo argentino a una mera historia *eclesiástica*, donde la exposición de los hechos se hila en torno a las actuaciones de papas y obispos, sino que se trata verdaderamente de una historia que atiende –y entiende– la complejidad de los factores globales.

La autora muestra a través de los nueve capítulos de esta obra los vaivenes complejos de un catolicismo en busca de su identidad, un proceso que arrancó a partir de 1870 cuando el catolicismo argentino sintió la «necesidad» (p. 20) de *européizarse*, pero que a partir de 1900 tomó el signo contrario de *nacionalizar* la actividad pastoral. De esta manera se trató de unir a la masa de inmigrantes que llegaban desde el viejo continente (usando como vehículo el español y cantando el Himno Nacional en el santuario de la Virgen de Luján). Otro reto para el catolicismo argentino en el cambio del s. XIX al XX fue el de resolver la creciente brecha entre ricos y pobres, entre parroquias pudientes del centro de Buenos Aires y las parroquias periféricas de proletarios, creándose círculos de obreros que «sacaron el catolicismo a la calle y lo acercaron a barriadas humildes» (p. 75).

La autora analiza en el libro cuestiones complejas y polémicas de la Argentina del siglo XX. Por ejemplo, el cambio en la década de 1920 provocado por la Primera Guerra Mundial, que había conllevado el acceso de las mujeres a las fábricas, y con ello, a los recursos económicos y a la sociabilización fuera del hogar. La gente más humilde tuvo afición creciente al cine y al deporte, aceptando valores que ya no provenían únicamente de la Iglesia. Hubo entonces una

brecha entre la jerarquía episcopal, de «aspecto señorial» (p. 91) y «aferrada a los más rancios valores antimodernos» (p. 94), y la vivencia de un pueblo católico moldeado por otros valores culturales. Puntos delicados de este desencuentro fueron: el semanario católico *Criterio*, que es analizado por la autora en el quinto capítulo y «los estrechos vínculos que la jerarquía eclesiástica tejió con las fuerzas armadas» (p. 135) en la década de 1930. Otros temas complejos que la autora analiza es el crecimiento demográfico de ciudades como Buenos Aires y Córdoba, unas grandes urbes que significaban modernidad y «despertaban recelo» (p. 139) a las autoridades eclesiásticas, por la proliferación de mafias y barrios de mala fama. Un hito contrario a este proceso fue el Congreso Eucarístico celebrado en Buenos Aires (1934) y la búsqueda de la justicia social por parte de grupos católicos. También se analizan en el libro cuestiones delicadas como las relaciones de la jerarquía con el régimen militar peronista (a partir de 1943), la reunión de episcopado latinoamericano (CELAM, 1955) y otras.

En definitiva, Miranada Lida muestra a un catolicismo argentino complejo, cosmopolita y dinámico, en el que «la influencia que ejerció París resultó por momentos mucho más determinante» (pp. 245-246) que el de Roma. El ensayo está bien escrito y es consistente en su documentación, aunque un punto discutible son las constantes referencias negativas a la jerarquía eclesiástica y el uso de constante de *iglesia católica* en minúscula.

Rafael PARDO
Universidad de Navarra